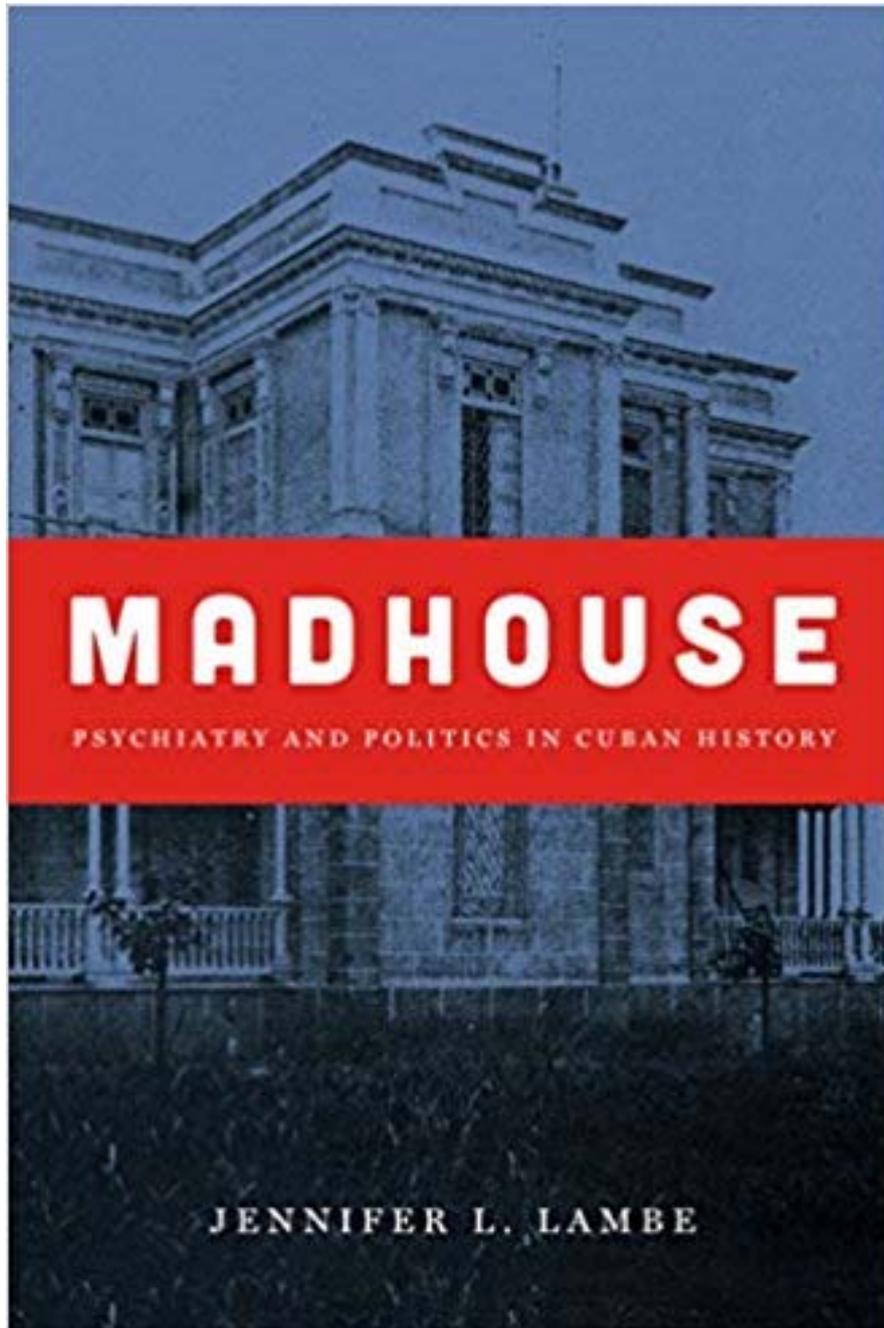


Jennifer L. Lambe, *Madhouse. Psychiatry and Politics in Cuban History* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2017) pp. 311.

Erwin Dukatenzeiler



Madhouse se propone un objetivo ambicioso: pensar y repensar la historia de Cuba (pre- y posrevolucionaria) a partir un espacio de marginalización social por excelencia: el hospital psiquiátrico de La Habana conocido como La Mazorra. Según la autora, el hospital encarna “las glorias y fracasos del estado cubano” (p. 6) y por lo tanto constituye un punto de vista privilegiado para estudiar su desarrollo. Lambe sostiene que La Mazorra, inaugurado en 1857 como Casa General de Dementes, cuando la isla se encontraba bajo el dominio español, ha ocupado desde entonces un lugar central en el imaginario político (y social) cubano.

Partiendo de estas hipótesis, *Madhouse* se plantea a la vez como una historia del hospital –y por extensión de la profesionalización de la psiquiatría en Cuba–, como una ventana para una exploración más amplia sobre la política y el Estado cubanos a lo largo de un período de casi un siglo, y como un análisis del lugar que la locura y las enfermedades nerviosas en general han ocupado en el desarrollo de la historia del exilio cubano luego de 1959. Así como la historia cubana desde su independencia de España ha estado profundamente intrincada con la de los Estados Unidos, Lambe muestra que también lo ha estado la del hospital psiquiátrico. No es casual, en este sentido, que su historia comience en 1899, durante la primera ocupación militar de Cuba por parte de aquel país. La modernización de La Mazorra era vista como un imperativo para la construcción de la patria recién independizada pero, para realizarla –paradójicamente–, se contaba con el impulso de las fuerzas de ocupación que fungían como agentes de modernidad. La ambigüedad de ese nacionalismo colaboracionista sería una constante en la historia cubana, pero lo cierto es que las dos intervenciones norteamericanas en Cuba implicaron mejoras sustanciales en las condiciones del hospital.

Lambe muestra con claridad como la historia de La Mazorra se cruza desde muy temprano con la de la profesión médica y, en particular, con la del desarrollo de la psiquiatría como especialidad autónoma en tensión permanente (como ocurría simultáneamente en muchos otros lugares y en particular en países latinoamericanos) con el mundo judicial. Lo que estaba en juego era el monopolio que los médicos reclamaban

para sí frente a jueces y abogados en las decisiones acerca de cuándo y bajo qué condiciones una persona podía ser institucionalizada, así como también para la determinación del grado de responsabilidad penal de los delincuentes. Este combate por la medicalización también se jugaba dentro del hospital, que así se convirtió, nos dice Lambe, en el primero de Cuba en prescindir de los servicios de las Hermanas de Caridad, que fueron reemplazadas por enfermeros profesionales formados dentro de la propia institución. El combate por la medicalización de la marginalidad –porque finalmente de eso se trataba– continuaría aún bajo el gobierno revolucionario.

Buena parte de los problemas que sufrió La Mazorra a lo largo de su historia –al menos hasta 1959– son los típicos de este tipo de institución en América Latina: corrupción, casos de flagrante nepotismo, hacinamiento, un interés en la mejora del hospital más declamado que real por parte de las autoridades que se traducía en constantes restricciones presupuestarias; malos tratos a los pacientes internados y la coexistencia de prácticas terapéuticas novedosas con otras de carácter represivo que lo eran mucho menos. La convergencia de estas cuestiones tenía su cara más visible en el lugar que se le asignaba al trabajo de los internados. El mismo era considerado una modalidad terapéutica y de rehabilitación, pero también una forma de autofinanciarse por parte de las instituciones y, en el caso de La Mazorra –pero no solo ahí– como una fuente potencial de ingresos personales para directivos y médicos poco escrupulosos que literalmente “arrendaban” a los pacientes a plantaciones de caña de azúcar.

Como en otros países latinoamericanos, durante las primeras décadas del siglo XX las preocupaciones de la psiquiatría convergieron con los de la criminología. Como ocurrió, de manera más o menos contemporánea, en otros países con abundante población negra, los rituales y formas de religiosidad asociados a la población de origen africana (exesclavos y sus descendientes en su mayoría) fueron patologizados y criminalizados. Es de lamentar que *Madhouse* trate de manera bastante superficial el tema étnico, así como la cuestión de género. Tampoco establece comparaciones con otras situaciones semejantes como la de Brasil, país sobre el cual existe una abundante

bibliografía secundaria, y esto empobrece la argumentación desarrollada por un libro que, por otro lado, está basado sobre una investigación muy sólida y convincente. Otra falencia del texto, derivada probablemente de la falta de fuentes primarias y la inexistencia de un archivo de la institución, resulta de la falta de una discusión profunda de las prácticas concretas que se llevaban a cabo en el hospital, así como de las condiciones de internación, para lo cual hubiera sido necesario acceder a historias clínicas.

A partir de la segunda parte de *Madhouse* el interés se desplaza de La Mazorra como objeto de estudio hacia otros temas más generales, tales como los debates sobre la sexualidad, focalizando en problemas como la masturbación y la homosexualidad. Esta última ocuparía un lugar central entre las preocupaciones del gobierno revolucionario que, en el mejor de los casos, utilizaría terapias de tipo pavlovianas similares a la que se le aplicaba al personaje Alex de la novela *La Naranja mecánica* de Anthony Burgess y, en el peor de los casos, medios abiertamente represivos. Estos debates no se restringían al interior de la institución psiquiátrica.

Como ocurrió con todos los ámbitos de la vida cultural y social cubana, la revolución de 1959 afectó profundamente las instituciones vinculadas a la salud mental. Las condiciones del hospital mejoraron considerablemente, la mortalidad entre los pacientes disminuyó de manera dramática durante los primeros años de la revolución. Nuevamente se recurrió a la terapia ocupacional pero la misma se resignificó. Como señala Lambe, el hospital se fue convirtiendo en una comunidad de enfermos-trabajadores que participaban, junto con otros cubanos, en distintas formas de trabajo voluntario y remunerado

Los últimos dos capítulos del texto abandonan La Mazorca como tema de análisis y focalizan en otros, tales como la naturaleza de las investigaciones socio-psicológicas llevadas a cabo bajo el gobierno de Castro, las disputas renovadas por el lugar de la psiquiatría dentro del campo psi cubano postrevolucionario (cap. 6), y la “exportación” de las percepciones cubanas sobre la enfermedad mental hacia los Estados Unidos, prestando particular atención al episodio de los “Marielitos”, cuando el gobierno de

Castro fue acusado de haber vaciado cárceles y hospitales psiquiátricos, fomentando la emigración de los internos a los EEUU (cap. 7). Este último capítulo, en el que se analizan desde obras de arte, teatro y literatura, hasta las implicancias que tuvo el desembarco de los “marielitos” en el sistema de salud norteamericano, es, a mi juicio, el más original del texto.

En resumen, *Madhouse* es el producto de un proyecto muy ambicioso. Sus fortalezas y debilidades son el resultado de la amplitud de los temas que trata y para los cuales las fuentes, muchas veces, han resultado de difícil acceso o simplemente inexistentes. El esfuerzo que hizo la autora es notable y el texto está sólidamente escrito. Es de esperar que se convierta en una referencia obligatoria no solamente para aquellos interesados en la historia de la psiquiatría en América Latina, sino también para un público más general, interesado en la historia de Cuba.